

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

21 / 2018

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

INFORMES Y ESTADOS DE LA CUESTIÓN

Ignacio Olábarri Gortázar

La Revolución del 68

The 68 Revolution

pp. 761-774 [1-14]

DOI: 10.15581/001.21.020



Universidad
de Navarra

La Revolución del 68

The 68 Revolution

IGNACIO OLÁBARRI GORTÁZAR

Universidad de Navarra

iolabam@unav.es

Estefanía, Joaquín, *Revoluciones. Cincuenta años de rebeldía (1968-2018)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018, 331 p. ISBN: 978-84-17088-86-6

Albiac, Gabriel, *Mayo del 68. Fin de fiesta*, Almería, Confluencias, 2018, 228 p. ISBN: 978-84-947772-8-8 (2ª ed.)

Sánchez Prieto, Juan María (ed.), *El 68, mito y crítica*. Número monográfico de la revista *Arbor*; Vol. 194-787, enero-marzo 2018. ISSN-L: 0210-1963.

La bibliografía sobre las revoluciones en la edad contemporánea es muy abundante¹, y ha crecido mucho en los últimos años, en los que se ha conmemorado el centenario de la revolución bolchevique y el cincuentenario de las revoluciones del 68. Los tres estudios que aquí presentamos tienen puntos de encuentro, pero también grandes diferencias. Entre los primeros está el objeto principal de los autores: la revolución



¹ Además de los tres títulos que se comentan en estas páginas, sobre las revoluciones del 68 se han publicado en castellano este año al menos los siguientes libros: Ramón González Férriz, *1968. El nacimiento de un mundo nuevo*, Barcelona, Debate, 2018; Gero von Randow, *Revoluciones. Cuando el pueblo se levanta*, Madrid, Turner, 2018; Raymond Aron, *La libertad, ¿liberal o libertaria? La Nueva Izquierda y las revueltas del 68*, Madrid, Página Indómita, 2018 (edición original francesa, París, Gallimard, 1972); Patricia Badenes Salazar, *Fronteras de papel. El Mayo francés en la España del 68*, Madrid, Cátedra, 2018; Antonio Elorza, *Utopías del 68. De París y Praga a China y México*, Barcelona, Pasado&Presente, 2018; Richard Vinen, *1968. El año en que el mundo pudo cambiar*, Barcelona, Crítica, 2018; Javier Noya, *Mayo del 68. Las críticas de la izquierda a las revueltas estudiantiles*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2018; Nicolas Daum, *Mayo del 68: la palabra anónima. El acontecimiento narrado por sus participantes*, Madrid, A.Machado libros & Acuarela libros, 2018; AA.VV., *De la miseria en el medio estudiantil... y otros documentos*, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2018; Jerry Rubin, *¡Hazlo! Escenarios de la revolución del 68*, Barcelona, Blackie Books, 2018; Josemaría Carabante, *Mayo del 68: claves filosóficas de una revuelta posmoderna*, Madrid, Rialp, 2018.

del 68 y los ciclos revolucionarios que le siguen; entre las segundas, la dedicación profesional de los autores: Joaquín Estefanía es periodista (fue director de *El País* entre 1988 y 1993), economista y ensayista; Gabriel Albiac, filósofo y columnista; Juan María Sánchez-Prieto, historiador y sociólogo, es Profesor Titular y Catedrático acreditado por la ANECA de la Universidad Pública de Navarra. Los demás colaboradores del número de *Arbor* son también académicos, profesores e investigadores en diversas universidades españolas.

Vayamos con el primero. La versión de Estefanía puede considerarse típica de un observador progresista en el sentido que habitualmente se da a este adjetivo. A este respecto son muy significativas algunas frases de la introducción: «Revoluciones y contrarrevoluciones han estallado contra lo políticamente correcto en cada situación; se han sublevado contra cada *statu quo*. A cada Mayo del 68 le ha sucedido un Mayo del 68 en sentido inverso; a cada avance progresista, una revolución conservadora; a la formación de una izquierda alternativa, la creación de una nueva derecha *neoon*; a cada paso socialdemócrata, una oposición neoliberal. La historia continúa y analizar medio siglo es sólo una formalidad. En algún momento habrá que hacer balance y al final del mismo determinar quiénes son los vencedores y quiénes los vencidos en esta dialéctica de oposición sistemática» (pp. 9-10).

El libro está organizado de forma cronológica. En primer lugar se presenta al «capitalismo de rostro humano»: un capitalismo de bienestar en la Europa de la segunda posguerra mundial, con dos componentes básicos: las libertades públicas y el *welfare*, que dan lugar a un conjunto de ciudadanos liberales en lo personal y socialistas en lo público. A continuación se estudia la revolución de Mayo de 1968 y sus efectos: una revolución centrada en tres ciudades rebeldes: París, la menos mártir y en la que las revueltas duraron menos tiempo, porque ya el 30 de mayo una gran manifestación a favor del general De Gaulle y del *establishment* debilitó de muerte el movimiento; México, en la que la represión en la plaza del Tlatetolco fue mucho más feroz, sin miramientos²; y Praga, a cuya «primavera» siguió la invasión soviética de toda la antigua Checoslovaquia³. Mayo del 68 tiene como protagonistas más a los jóvenes que a los trabajadores. Es un movimiento transversal que va más allá de París,

² El relato más citado es el de Poniatowska, 1994.

³ Ver Zaragoza, 2018.

México y Praga: la presencia del pensamiento de Marx en mayo del 68 fue abrumadora en sus diferentes familias ideológicas menos en la más ortodoxa, la que llegaba de Moscú. Para ellos, había que pasar de la dictadura de la burguesía (el capitalismo) a la dictadura del proletariado (la democracia obrera).

El contexto internacional era el de la descolonización, la extensión del «socialismo real», la revolución china, la cubana o, de modo más general, la guerrilla latinoamericana. Como dice el autor, «se analizaban febrilmente todas las revoluciones habidas... menos la Revolución americana. Estados Unidos era el objetivo de todas las sospechas por su imperialismo. El reverso de la opulencia era ese Tercer Mundo embellecido y repleto de seres puros, solidarios y sin apenas intereses que perder» (p. 62). Era ese mito imbatible que representó Ernesto Che Guevara, cuya imagen inmortalizaron Alberto Korda, el fotógrafo personal de Fidel Castro, y el editor italiano Giangacomo Feltrinelli, que publicó el *Diario del Che en Bolivia* y para promocionarlo hizo un póster con la fotografía de Korda, del que salieron los centenares de miles de carteles que acompañaron las movilizaciones en universidades, institutos y fábricas parisinas e italianas.

Mayo del 68 se caracterizó por dos herejías del leninismo, ambas espontaneístas: la primera, la ausencia de un plan organizado; la segunda, la falta de un partido dirigente. *A posteriori*, algunos analistas como la maoísta Kristin Ross atribuyeron a esta doble herejía la desmovilización y el fracaso de las fuerzas del cambio frente al general de Gaulle. Los jóvenes de Mayo de 1968 trataron más de cambiar la vida —sexualidad, feminismo, ecologismo, etc.— que de transformar el mundo. Como afirmaba años después el famoso eurocomunista italiano Enrico Berlinguer, había que crear una sociedad más austera, menos consumista, menos desigual, realmente libre, más democrática, más humana.

Como el Che, también el fantasma de la guerra de Vietnam formaba parte del frontispicio de las manifestaciones de Mayo del 68. Henry Kissinger justificaba la acción contra Vietnam en la llamada teoría del dominó: si un país asumía el comunismo como sistema político arrastraría inevitablemente a los de su entorno, uno tras otro, hacia la misma ideología⁴. Y no se pueden dejar de mencionar los movimientos terroristas europeos, también de inspiración marxista, como la Fracción del Ejér-

⁴ Ver Bowden, 2018.

cito Rojo conocida como la banda Baader-Meinhof, fundada en 1970 en la República Federal de Alemania, o las Brigadas Rojas, que aparecieron el mismo año en Italia.

Entre las principales tesis de Gabriel Albiac en su libro están las siguientes: «Los del 68 fuimos antisoviéticos antes de decirnos anticapitalistas y revolucionarios» (p. 20); «Nada, al cabo de medio siglo, ha quedado de aquel delirio» (p. 123); «El 68 fue lo que no aconteció y la apertura de nuestro largo y desierto fin de siglo (...). El vacío se abrió luego: *no future*. La política había muerto» (p. 181). Pero «nuestro deseo generacional se inventó en China» (p. 185); los europeos éramos tigres de papel «y el maoísmo fue un sueño. Al despertar, el mundo apareció, como siempre, irreparable (...). Aquello marcó el crepúsculo de una época. Doble ciclo histórico: uno, largo, el que se inició en 1848 como la era de las revoluciones; otro, breve, el que marca la inflexión de la guerra fría abierta en 1948 hacia su desenlace de 1989. Ambos —ciclo largo y corto— se extinguen con el siglo XX (...). Mediados los años 60 la sociedad europea era rancia, fuertemente anacrónica. El 68 fue una gran depuración de todo lo muerto: desde los partidos comunistas hasta los usos y convenciones sexuales. Toda la depuración de lo muerto es saludable (...). Y todas las investiduras mundanas del salvacionismo religioso son genocidas. También esa que fue la única religión viva del siglo XX europeo: el comunismo. Acabar con esa religión de suplencia, cuya historia es la más sangrienta de la edad moderna, es la victoria única del 68. Y esa victoria es hoy irrenunciable» (p. 193).

En una entrevista que le hacen Marcelo López Cambronero y Feliciano Merino Escalera⁵, Albiac afirma también: «Una de las cosas que nos descubrió el 68 es que al hablar de sexo no cabe hacer juicios morales, porque no es más que un mero entretenimiento en el que no es posible consideración moral de ningún tipo. Proyectar sobre el sexo grandes categorías que lo conviertan en un espacio sagrado supone una regresión monstruosa»; y a la pregunta «el sexo se pudo pensar como un mero entretenimiento, como usted dice, desde el momento en el que cae bajo la influencia de la técnica, es decir, con la anticoncepción... esto no sucede hasta el siglo XX», contesta: «Sucede a partir de 1966, nunca antes. Antes existían algunos métodos, pero no eran cómodos. La aparición en 1966 de los primeros anovulatorios supuso una liberación impensable para las

⁵ López Cambronero y Merino Escalera, 2018, pp. 96-97.

mujeres europeas. Sin ese soporte nadie habría podido pensar en un cambio de la función de la mujer, porque permitió separar la función reproductiva del sexo como entretenimiento». Las consecuencias de dicho cambio en la concepción del sexo están siendo verdaderamente revolucionarias: no sólo se entiende el sexo meramente como algo que se usa sino que se ha abierto el paso a la contracepción y al aborto y las sociedades occidentales caminan hacia el desierto demográfico⁶. En un artículo reciente, Pablo Pérez López incide también sobre el asunto: «Pero la cuestión más honda era (...) la revolución sexual. Apoyada frecuentemente por el *establishment*, cada vez más aceptada por las sociedades occidentales, ha hipersexualizado la sociedad y ha tratado de romper con toda moral. Gabriele Kubi ha recogido su historia en *The Global Sexual Revolution*, donde el movimiento estudiantil del 68 aparece como el gran salto transformador. Valorada como un logro, ha tenido efectos transcendentales en la vida familiar, en la educación y en toda la vida social. De ella se ha seguido una transformación profunda que ha amplificado la crisis de civilización que evidenciaba la revuelta (...) Está por ver de qué manera conseguiremos superar la crisis de civilización que anida en su raíz. Me parece que ya sabemos dónde no está la salida»⁷.

La presentación que se hace en *Arbor* del mayo del 68 es mucho más compleja, aunque solo sea por la diversidad de los autores que escriben en el monográfico. No me voy a referir a todos ellos porque algunos optan por estudiar asuntos muy especializados que nos alejarían mucho del centro de la acción⁸. Pero otros son muy iluminadores y nos permiten el diálogo y el contraste con los puntos de vista de Estefanía.

⁶ Ver Eberstadt, 2014a y 2014b y Semínckx, 2018.

⁷ Pérez López, 2018, p. 111. Sobre el valor profético de la encíclica de Pablo VI *Humanae Vitae*, que cumple también ahora los cincuenta años, véase también Pablo VI, Juan Pablo II, Benedicto XVI, Francisco, *Humanae Vitae*, Prólogo de José Granados, Madrid, Palabra, 2018; y el documental de Alana Newman, *Sexual Revolution: 50 years since Humanae Vitae*, que denuncia las falsas promesas del 68 e invita a una nueva «revolución» en el amor, inspirada en la Revelación. Ver también la clarificadora entrevista de Gloria Huarcaya a la autora, *La revolución sexual de la Humanae Vitae*, Servicio Aceprensa, 26 de julio de 2018.

⁸ Además de los tres artículos que comentamos en este informe, el monográfico de *Arbor* incluye los siguientes: Juan María Sánchez-Prieto, «Presentación. Ante el cincuentenario: repensar el 68»; Imanol Zubero, «Viejos y nuevos debates: juventud y acción sociopolítica»; Josep Maria Caparrós Lera, «Cine y 68: el impacto de la revolución en la pantalla»; Julio García Caparrós, «Perdón por haber hablado demasiado: deconstrucciones del 68»; Higinio Marín Pedreño, «Mayo del 68: días de Júpiter»; Carlos Sánchez Capdequí, «Los sociólogos post-68 y la creatividad social»; José Andrés-Gallego, «Was there a scientific 68? Its repercussion on Action Research and Mixed Methods».

Así, el Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Navarra Pablo Pérez afirma que Charles de Gaulle se convirtió en el símbolo de la política con que querían acabar los protagonistas de la sonora revuelta parisina de Mayo del 68^o, pero también demuestra, con su profundo conocimiento del desarrollo de los hechos en aquella primavera crucial que «siempre necesitaremos hacer una buena historia política para entender nuestro pasado» (p. 12). Es lo que él hace: al tiempo que narra las revueltas estudiantiles y las huelgas obreras, nos presenta las acciones y las reacciones de de Gaulle y su gobierno, deteniéndose especialmente en su viaje relámpago a la base militar francesa de Baden en Alemania el día 29 de mayo. El autor nos ofrece hasta seis interpretaciones distintas de los hechos, entre las que privilegia la del estudioso de las relaciones entre el gaullismo y el comunismo Giraud, que afirma que hizo tal viaje para asegurarse no solo del apoyo del ejército francés sino sobre todo del PCF, la CGT y, en último término, de la URSS. Una vez seguro de sus apoyos, de Gaulle, que reconoce que su mayor error fue dejarse adelantar por los acontecimientos, se dirigió a la nación en un discurso radiofónico al día siguiente y convocó elecciones legislativas para el mes de junio, en las que su partido obtuvo la mayoría más amplia que tuvo nunca. Pablo Pérez concluye, con todo, que «de Gaulle, que había dominado la conducción de otras crisis de forma magistral, en esta se muestra más dubitativo, y finalmente incapaz de conducir las reformas profundas que demandaba la crisis de civilización que revelaban los hechos». En este sentido, es muy significativo que el general dejara el poder al año siguiente.

Juan María Sánchez Prieto aborda un problema más amplio y complejo¹⁰: el de la significación del mayo francés, partiendo de la doble explosión de la palabra y la acción que supuso el movimiento y profundizando en la cuestión del papel ejercido por los intelectuales en aquellos años antes y después del epicentro de los acontecimientos. El autor concluye que son muy difíciles de contestar las preguntas sobre la verdad del mito del 68 y sobre qué es lo que le hace vulnerable a la crítica; pero afirma también que «el 68 ciertamente no pertenece a nadie y por ello ha acabado erigiéndose en precursor de todo para gozar de perenne actualidad» (p. 8).

⁹ «*La chienlit c'est lui!*. De Gaulle ante mayo de 1968».

¹⁰ «Entre el mito y la crítica: la memoria del 68 francés».

«De cualquier forma —continúa diciendo— hay aspectos que pueden retenerse. La movilización fue expresión de una politización masiva, que cuanto menos manifiesta: una voluntad de presencia y participación ciudadana, de vivificar las instituciones tanto como el lenguaje, por más que la palabra liberada pueda perderse o vuelva a ser retomada por el sistema, como ya advirtió Certeau (...) Con independencia de la existencia o no de un *pensamiento 68* ligado al movimiento, no pueden ignorarse los efectos ideológicos del 68. Jean-Pierre Le Goff ha insistido en la influencia e impregnación actual del *gauchisme* cultural heredero de aquella revolución y en las fracturas que provoca en la sociedad (...). La sublimación subversiva del deseo hizo aflorar una *cultura de la autenticidad* donde el ser uno mismo en su propia singularidad se convierte en el valor supremo (...). Esta es sin duda la parte más incómoda del legado del 68, y la que invita a reflexionar. De la dinámica de transgresión del orden establecido se ha pasado a la banalización actual de cualquier realidad, reducido todo a una única dimensión, que nos devuelve a la crítica marcuseana. El relativismo del 68 ha favorecido (...) un nuevo conformismo (...) cuyos contornos ideológicos trascienden el individualismo liberal-libertario de los 80, tal y como sugiere Castoriadis, al caracterizar el posmodernismo como un conformismo generalizado. Esta ausencia de *verdades madres* facilita la disgregación de la comunidad, el abandono de la búsqueda de la unidad, y reduce la pluralidad a una amalgama (posmoderna) de espíritus que erosiona el sentido y el valor de la democracia. La actual amenaza o tentación populista, de derecha o izquierda, no es una casualidad» (pp. 8-9).

A los movimientos revolucionarios de 1968 a 1978 —año del asesinato de Aldo Moro— suceden las revoluciones conservadoras de Margaret Thatcher y Ronald Reagan: la primera gobernó el Reino Unido como primera ministra entre mayo de 1979 y noviembre de 1990; el segundo presidió los Estados Unidos de 1980 a 1988. Thatcher, «considerada la primera ministra más ideologizada que ha pasado por Downing Street, fue una anticomunista furibunda», que «logró lo que pocos políticos consiguen: dar nombre a un movimiento, el *thatcherismo*, que llegaría a confundirse con la propia Revolución conservadora. La definición teórica más exacta del *thatcherismo* es la de “mercado libre más Estado fuerte”»¹¹. Se impusieron el capitalismo popular, las privatizaciones y el mo-

¹¹ Estefanía, 2018, p. 121.

netarismo, siguiendo las lecciones de los premios Nobel de Economía Friedrich A. Hayek y Milton Friedman.

También Friedman y Hayek, junto con otros intelectuales como Irving Kristol, Norman Podhoretz, George Gilder o Michael Novak, dieron carta de naturaleza a la Revolución conservadora en los Estados Unidos de Reagan. A juicio del autor, «el planeta no será igual después de los mandatos de Thatcher y Reagan. Su influencia será enorme. Para lo bueno y para lo malo serán dos personajes centrales del siglo XX»¹². «El presidente-vaquero —escribe Estefanía— cumplía todas las exigencias con las que se definía un conservador estadounidense: creía en Dios, detestaba el relativismo moral, asumía la prioridad del éxito individual sobre cualquier finalidad colectiva, veneraba la patria y, sobre todo, amaba a Estados Unidos por encima de todas las cosas»¹³. El keynesianismo declinante fue sustituido por una ortodoxia económica neoliberal. El individualismo volvió a ser glorificado como el motor del progreso. Aun en un ambiente anti intelectual hubo ideas que se hicieron centrales como las propuestas monetaristas de la Escuela de Chicago y las de la llamada Mayoría Moral.

Reagan dio muestras de talento y de pragmatismo al apoderarse de las ideas nuevas sin entrar en grandes profundidades. Ello contribuyó a dotar de coherencia a sus propias ideas intuitivas, basadas en esquemas binarios: capitalismo es democracia y modernidad; socialismo es pobreza, dominación y arcaísmo. Aprovechó el retraso económico y la esclerosis política de la URSS para darle a esta el último golpe. En política interior trató de lograr algún tipo de consenso con sus oponentes demócratas. «El presidente más conservador del siglo XX fue una combinación de pragmatismo y fundamentalismo, dependiendo siempre de la correlación de fuerzas existente (...) del mismo modo que la acción de Reagan en el terreno económico dejó mucho que desear en cuanto al reparto del bienestar, fue capaz de levantar el estado de ánimo ciudadano en las dos legislaturas que estuvo en la Casa Blanca. Esto es lo que no se olvida: una nación orgullosa de sí misma»¹⁴.

Desde el punto de vista macroeconómico, la *reaganomics* tuvo aspectos positivos y negativos: entre los primeros, dio lugar a la etapa más

¹² Estefanía, 2018, p. 132.

¹³ Estefanía, 2018, p. 133.

¹⁴ Estefanía, 2018, pp. 146 y 149.

larga de crecimiento económico de todo el siglo en los Estados Unidos, con lo que ello supuso de creación de empleo y de multiplicación de los beneficios empresariales, y devolvió la confianza perdida a los inversores nacionales e internacionales. Entre los segundos está el crecimiento de la pobreza y de la desigualdad, un fortísimo endeudamiento, déficit público descontrolado por la combinación de mucho gasto militar y menos impuestos y déficit comercial. Pero, «si bien la valoración de los partidos progresistas de todo el mundo de la Revolución conservadora de Reagan fue muy crítica, a partir de la década de los 80 una gran parte de su ideario (privatizaciones, desregulación, prioridad en la lucha contra la inflación, debilitamiento del poder sindical, reducción del gasto social...) fue asumido, sin reconocerlo o incluso negándolo, por los partidos socialdemócratas, sobre todo por aquellos que se acogieron a la etiqueta de “tercera vía”» (p. 164). Con todo, a juicio de colaboradores suyos como David Stockman, la Revolución conservadora de Reagan no fue lo suficientemente coherente y radical. Con él se había perdido una oportunidad. Habría que esperar a otro momento óptimo. Esa coyuntura llegó con los *neocons*, cuando George W. Bush aterrizó en la Casa Blanca en el año 2001.

A la revolución conservadora había de seguir una izquierda alternativa: es lo que llama Estefanía «la primera revolución del siglo XXI» o «el comunismo por la ventana». Instalada la globalización económica y política neoliberal, comenzaron a aparecer las protestas de los que el autor llama movimientos globofóbicos o altermundistas. Al movimiento antiglobalización le parecían naturalmente sospechosas por ademocráticas las reuniones de organismos como la Organización Mundial de Comercio (OMC), el FMI, el BM, una cumbre del Eurogrupo o del Consejo Europeo, la reunión del Foro económico mundial de Davos o el G-7. Los globofóbicos constituían un movimiento muy joven, no solo por la edad de sus componentes sino por el escaso tiempo de formación del mismo. Era un movimiento heterogéneo formado por organizaciones no gubernamentales, colectivos varios y ciudadanos particulares que se oponían, los más de una manera cívica y unos pocos utilizando métodos violentos, a una forma de entender la globalización como sinónimo de neoliberalismo.

«En general, el movimiento altermundista estuvo compuesto de forma mayoritaria por ciudadanos de los países ricos, del norte geopolítico (...) que defendían los derechos y las oportunidades de los países del



sur y denunciaban las dos marchas a las que circulaba el mundo: mientras una pequeña parte del planeta había entrado en la “nueva economía” (aquella que se basaba en el dominio de internet y en la sociedad del conocimiento), había otra zona inmensa que apenas se había acercado entonces a la Revolución industrial (...) ecologistas, sindicalistas, protectionistas, izquierda alternativa, la izquierda tradicional, marxistas, anarquistas, jóvenes sin apellido ideológico, ONG de muy distinta razón social, humanitaristas, nihilistas... formaban parte de ese movimiento heterogéneo que la opinión pública dominante llamó “antiglobalización” y que la mayor parte de sus componentes hubiera preferido definir como “altermundista” o “a favor de una globalización alternativa”.

Tan heterogéneo movimiento estaba unido por cuatro noes: no a las recetas del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial que perjudicaban a los más pobres; no a la contaminación, motivada por un modelo de desarrollo incontrolado; no al pago de la deuda externa, que impedía crecer a los países afectados por los créditos; no a la opacidad y falta de transparencia de los organismos multilaterales como, por ejemplo, la Organización Mundial del Comercio. Al mismo tiempo no carecía de alternativas positivas como la tasa Tobin o la renta básica de ciudadanía.

Entre las manifestaciones de protesta del movimiento antiglobalización destaca la que tuvo lugar en Seattle a fines de 1999, cuando decenas de miles de manifestantes consiguieron colapsar la asamblea de la OMC y dar a conocer al mundo entero sus reivindicaciones. En aquella asamblea se buscaba aprobar el Acuerdo Multilateral de Inversiones, apenas conocido por la opinión pública, que “prohibía que los gobiernos restringiesen, condicionasen o discriminasen a los inversores internacionales; es decir, que ejerciesen control alguno sobre las inversiones que llegaban a un país” (...). La manifestación antiglobalización de Seattle acabó con el AMI para siempre» (pp. 186-188).

El investigador Ramón y Cajal del Departamento de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid Eduardo Romanos estudia en su artículo de *Arbor*, «Del 68 al 15-M: continuidades y rupturas entre ciclos de protesta», las relaciones entre la revolución de Mayo del 68, los movimientos antiglobalización del cambio de siglo y los que suceden a la Gran Recesión comenzada en 2008, entre los que elige el movimiento español de los «indignados» del 15-M de 2011, que estudia también Estefanía en el penúltimo capítulo de su libro. Si «protestas masivas se ha-

bían sucedido ya desde principios de la década de 1960 contra el rearme nuclear, la guerra de Vietnam, el Shah de Irán o el golpe de estado en 1967 de los coroneles en Grecia, ninguna de ellas tuvo la repercusión del 68 francés», afirma Mark Mazower, al que cita Romanos. Así concluye su reflexión final sobre Mayo del 68: «significó en su conjunto una revitalización y actualización de principios antiautoritarios vinculados con la tradición de pensamiento libertario y (...) la irrupción de la imaginación en la protesta, no sólo en sus repertorios de acción, sino también en sus principios, fines y medios» (p. 2).

A continuación aborda Romanos el movimiento antiglobalización que da lugar a la «batalla» de Seattle de noviembre de 1999 y, más tarde, al Foro Social Mundial creado por los altermundistas cuya primera edición tuvo lugar en 2001 en la ciudad brasileña de Porto Alegre. Para condensar el significado profundo de este movimiento, nuestro autor cita un artículo de Donatella della Porta y Lorenzo Mosca de 2007, que distinguen en él dos sectores aparentemente enfrentados: «los sindicatos, identificados con los valores materiales, el egoísmo y la defensa de sus propios intereses, y los grupos promotores de la solidaridad con el sur global, caracterizados por valores postmateriales, el altruismo y la solidaridad. Unos y otros convergieron en un movimiento que supuso la revitalización de la “cuestión social” al mismo tiempo que mostraba una fuerte preocupación por muchas de las demandas centrales en los nuevos movimientos sociales surgidos alrededor del 68 en temas relacionados con los derechos de las mujeres y las minorías, la desigual distribución de los riesgos medioambientales o la amenaza de guerra» (p. 4).

Al movimiento antiglobalización alrededor del cambio de milenio siguió, como estudia Estefanía en el capítulo sexto de su obra, la segunda fase de la Revolución conservadora o la «contrarrevolución permanente», que en Estados Unidos comienza cuando en noviembre de 1994 el partido republicano obtuvo la mayoría en las dos cámaras. El «Contrato con América», patrocinado entre otros personajes por Newt Gingrich o Irving Kristol, se firmó aquel año e incluía cinco principios: libertad individual, oportunidades económicas, gobierno limitado, responsabilidad personal y seguridad dentro y fuera del hogar. Como es sabido, el presidente George H. W. Bush gobernó sólo una legislatura, pero después del paso de Bill Clinton por la Casa Blanca, llegó al poder George W. Bush, quien asistido por lo que el autor llama «la camarilla que venía del trotskismo»

se tiene que enfrentar, como sabemos, con los atentados del 11-S y la Gran Recesión iniciada en 2008.

Estefanía se refiere a ella en ese capítulo y en el siguiente, en el que analiza también lo que llama «la crisis que no es una crisis, es que ya no te quiero», es decir, «la tercera oleada de revueltas de la tribu de los topos», que «estalló en los albores del segundo decenio de la centuria actual con el movimiento de los indignados, el más planetario de los existentes hasta el momento, el más ilusionante, el más masivo» (p. 241); lo que Timothy Garton Ash ha denominado la Quinta Internacional, que tuvo sus dos plazas emblemáticas no en París ni en Seattle, sino en Madrid y Nueva York: es el movimiento de los indignados del 15-M de 2011 en el primer caso, y el movimiento *Occupy Wall Street* en el segundo.

A los dos fenómenos, como a la llamada primavera árabe, se refiere también Romanos, que lógicamente pone más ejemplos del caso español, con el que parece simpatizar. En cualquier caso, al autor le interesa sobre todo caracterizar los tipos de democracia que definen a los nuevos movimientos respecto a Mayo del 68. Se busca un modelo de democracia directa y participativa y, en la medida de lo posible, deliberativa. En sede de conclusiones, Romanos afirma: «las recientes protestas contra la austeridad y por una democracia “real” surgidas en diferentes regiones del mundo a partir de 2010 se vinculan con aquellas de 1968 a partir de ese repertorio de acción y organización que actúa como repositorio de los saberes de los movimientos sociales y, al mismo tiempo, horizonte de posibilidad que se va ampliando poco a poco con pequeñas innovaciones. Pero el vínculo se establece también a partir del desarrollo en las protestas recientes de conceptos de democracia participativa experimentados por los sesentayochistas, con el ciclo antiglobalización actuando de puente, sobre todo en relación con la dimensión más deliberativa de ese concepto. A su vez, como todo ciclo de protesta, el reciente ha traído innovaciones, que en este caso combinan formas de acción y democracia: los indignados sacaron la experimentación con la democracia deliberativa al centro de las ciudades, donde instalaron acampadas en señal de protesta. En las acampadas practicaban un sentido de inclusividad relativamente novedoso, fuertemente orientado al 99% de la población y a convertir el espacio público en un espacio abierto a la empatía.

Visto así, el trabajo de los movimientos sociales en las últimas décadas ha sido un esfuerzo orientado en buena medida a la ampliación de nuestro concepto de democracia. Es de prever que este horizonte se vaya

ampliando todavía más en el futuro, no sin pausas ni retrocesos. De hecho, aquí nos hemos fijado en el modelo deliberativo de democracia practicado durante la fase concreta de las acampadas, pero otros conceptos o modelos de democracia han sido empleados por otros teóricos para explicar desarrollos posteriores del 15M: la contrademocracia (Pierre Rosanvallon), la democracia postrepresentativa (Simon Tormey), la democracia monitorizada (John Keane) o incluso planteamientos “tecnopolíticos”. En este sentido, el contexto español ha sido “un campo de experimentación política continuada, donde la irrupción del movimiento 15M ha constituido un elemento desencadenante y catalizador para la innovación política” (Feenstra, Tormey, Casero-Ripollés y Keane). Pero es que, como se decía en la acampada de la Puerta del Sol, “vamos despacio porque vamos lejos”. Los impactos de los movimientos sociales y los ciclos de protesta llevan tiempo. Por mucho que la opinión pública demande cambios súbitos y sustanciales tras las protestas (y juzgue que han fracasado si no los encuentra), sus resultados se sitúan más bien en el medio y largo plazo» (pp. 9-10).

Estefanía, que también hace interesantes observaciones sobre el último ciclo revolucionario —muestra, por ejemplo, la influencia de autores como Gramsci o Laclau en *Podemos*, o afirma que *Podemos* ha sido el 15M de las urnas—, dedica el último capítulo de su libro al caso Trump, al que duda en etiquetar como *neoon* o como fascista. Pero, sin negar el interés del análisis del autor, estamos demasiado cerca de los hechos como para poderlos entender «históricamente». Basto, horterera, fanático, son algunos de los calificativos que Estefanía emplea en ese último capítulo. Ni niego ni afirmo su acomodación con la verdad, pero no me parecen maneras. Más interesantes me parecen sus afirmaciones sobre la *alt right*, tomadas de un trabajo de 2017 del investigador español Marcos Reguera. Y más brillante su epílogo, en el que él mismo [el viejo topo] se sitúa como «partícipe y testigo de una generación que amaneció a la madurez con la alegría revolucionaria de Mayo del 68 y que se jubila en pleno vigor de una Revolución conservadora y de los populismos de extrema derecha, que amenazan con llevarse por delante muchas de las conquistas civilizatorias de este tiempo. Aquella generación es la que ha mandado en la política, la economía, la cultura y la sociedad, en ocasiones desde fuera del sistema (la revolución), las más, desde dentro (las reformas). Una generación que, con su acción política, sus aciertos y sus errores, sus arrebatos de indignación (a veces ingenuos, a veces violen-

tos; casi siempre justos), sus resignaciones, sus derrotas y sus dimisiones trató de cambiar el mundo, aunque no lo haya conseguido con la profundidad y la velocidad que soñaron sus protagonistas, algunos de los cuales podrían decir: “Queríamos cambiar el mundo y el mundo nos ha cambiado a nosotros”. Una generación que ha vivido el progreso y que no ha conocido, como sus antecesores, la catástrofe de las guerras mundiales, sino que, en general, ha vivido un largo período de paz y prosperidad» (pp. 317-318).

Y el último y también expresivo párrafo de Estefanía: «En uno de sus textos, el cantante jamaicano Bob Marley dice: “¡Emancipaos de la esclavitud mental!”. Aunque estamos instalados en una coyuntura de retrocesos, nada muestra que sea indefinida ni lineal. En su interior se han multiplicado los “ciudadanos críticos” (Pippa Morris) y los “soberanos negativos” (Daniel Innerarity) que se indignan, protestan, auditan y participan. Son herencia directa de Mayo del 68. Como también lo es ese movimiento del que habla Noam Chomsky, denominado “Occupy the Dream”, formado por los supervivientes de los adoquines y la playa, de otro mundo es posible y de la democracia real, ya. Que entienden que la única ideología divisiva de hoy es la que segmenta los derechos humanos (civiles, políticos y sociales) e ignora el cambio climático. Ése es el programa mínimo. Y que citan voluntariamente al filósofo y político francés Benjamin Constant (...): “Desde que el espíritu del hombre emprendió su marcha [...] no hay invasión de bárbaros, ni coalición de opresores, ni evocación de prejuicios que pueda hacerla retroceder”.

Que así sea» (p. 324).



BIBLIOGRAFÍA

- Bowden, Mark, *Hué 1968. El punto de inflexión de la guerra de Vietnam*, Barcelona, Ariel, 2018.
- Eberstadt, Mary, *Adán y Eva después de la píldora: paradojas de la revolución sexual*, Madrid, Cristiandad, 2014a.
- Eberstadt, Mary, *Cómo el mundo perdió realmente a Dios: una nueva teoría de la secularización*, Madrid, Rialp, 2014b.
- López Cambroner, Marcelo y Felician Merino Escalera, *Mayo del 68. Cuéntame cómo te ha ido. Conversaciones con Gabriel Albiac et al.*, Madrid, Encuentro, 2018.
- Pérez López, Pablo, «Mayo del 68: Historia y legado. Cincuenta años de la revolución final», *Nuestro Tiempo*, 698 (primavera 2018), pp. 104-111.
- Poniatowska, Gabriela, *La noche de Tlatetolco: testimonios de historia oral*, México, Era, 1994.
- Seminckx, Stéphane, *Sí tú me dices 'ven'. Una visión cristiana del amor*, Madrid, Rialp, 2018.
- Zaragoza, Luis, *Las flores y los tanques. Un regreso a la Primavera de Praga*, Madrid, Cátedra, 2018.